VARIEDADES

I

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA
RESEÑA HISTÓRICA

Extracto de su Anuario en 1917:

Un cierto número de hombres de letras y eruditos residentes en Barcelona constituyeron, en el último año del siglo XVII, una sociedad cultural denominada *Academia de los desconfiados*, la cual tuvo vida efímera por razón de los graves acontecimientos políticos que, á no tardar, desarrolláronse en Cataluña.

Calmados en cierto modo el recelo y la zozobra que la Guerra de Sucesión había dejado en nuestro país, alguno de aquellos antiguos académicos, juntamente con otros aficionados al estudio, procuraron restablecer en esta ciudad una asociación ó Cuerpo que se dedicase al noble cultivo de las letras y á la investigación histórica. El 1.° de Mayo de 1729 celebraron ya la primera sesión literaria y verdadera inaugural de las tareas académicas, reuniéndose en la Casa de San Severo, y al poco tiempo se trasladaron al domicilio suntuoso de D. Ramón de Dalmases. Acordóse que las primeras sesiones serían, alternativamente, presididas por don Segismundo Comas, presbítero, y fray Tomás Massanés, dominico; pero en la cuarta sesión quedó elegido presidente único fray Vicente Pablo Sobrecasas, clérigo regular del Convento de San Caetano.

La historia de Cataluña era el principal asunto de la Academia, aunque se trabajaba también sobre poesía, moral, política é historia sagrada. La lengua catalana fué admitida desde un principio, de suerte que en una de las sesiones de 1735 fueron presentadas y leídas composiciones versificadas en nuestro idioma nacional.

Enterado el Marqués de Risbourg, Capitán general del Prin-

*

cipado, de la existencia de la nueva Academia, manifestó propósitos de protegerla, y habiendo sido invitado á la solemne sesión de 16 de Abril de 1731, fué nombrado, por aclamación, su presidente. Designó para la vicepresidencia á D. Bernardo Antonio de Boxadors, Conde de Perelada, y al ausentarse éste por largo período, fué designado como sustituto del vicepresidente ó director, que ésta era su verdadera denominación entonces, el religioso agustino fray Agustín Antonio Minuart.

Al morir, en Septiembre de 1734, el Marqués de Risbourg, transcurrió cierto tiempo actuando de presidente el citado P. Minuart, hasta que en Febrero de 1739 fué elevado á la presidencia efectiva el Conde de Perelada. En Febrero de 1743 falleció el P. Minuart, siendo nombrado director ó vicepresidente D. Antonio de Ametller, abad de Besalú. Más adelante ocupó este cargo don José Mora, Marqués de Lió, quien supo dar á la Academia una vida mucho más intensa y alcanzar para ella el título de real, concedido por Real cédula de 27 de Enero de 1752, aprobatoria de sus Estatutos. Al Marqués de Lió débese igualmente la publicación, en 1756, del primer tomo de Memorias, que constituye los preliminares de la Historia de Cataluña que se proponía la Academia dar á luz.

En 1755, por fallecimiento del Conde de Perelada, embajador de España en Lisboa, aceptó la presidencia el Duque de Alba, presidente á la vez de la Real Academia Española. No obstante, la vida de la Corporación no era muy próspera á causa de la falta de recursos para el debido sostenimiento de la misma y para la publicación de sus trabajos.

Los graves acontecimientos y guerras de los últimos años del siglo XVIII y de los primeros del siguiente hicieron imposible la vida de la Academia. Cesaron las sesiones, se dispersaron sus individuos y hasta 1815 nadie pensó en reanimar la vida de la Corporación. El nuevo presidente, Marqués de Villel, logró un salón en la Casa municipal, donde se celebraron las sesiones, las que, en virtud de la Real orden de 23 de Septiembre de 1824, quedaron suspendidas, al igual que las de los demás cuerpos literarios de España.

En el año 1833 la Academia, merced á la decidida protección del Ayuntamiento de esta capital, pudo volver á su meritoria labor. Con todo, las turbulencias políticas, que tan hondamente agitaron á España al morir Fernando VII, fueron parte, no pequeña, á dificultar el sereno estudio que de la Historia y Literatura catalanas hacían nuestros ilustrados predecesores; de ahí que no adquiriese verdadero vigor hasta que, vencidas estas dificultades, vió aprobados, en 1836, sus nuevos Estatutos, y obtuvo del Gobierno la cesión del antiguo monasterio de San Juan de Jerusalén, que figuraba entre los bienes de la desamortización; y ha de tenerse como uno de los primeros y más señalados servicios que prestó esta Academia á la cultura patria el religioso anhelo con que fué recogiendo las inscripciones, lápidas, sepulcros, bajorelieves y demás objetos arqueológicos, que las leyes desamortizadoras habían amontonado entre las ruinas de las iglesias y monasterios.

Con tan valiosas reliquias de la Historia y del Arte comenzó á formar un pequeño Museo de antigüedades, encomendando esta tarea al Académico D. Juan Cortada; y, andando el tiempo, unióse el mismo con otro formado por la Comisión de monumentos de esta provincia.

Penetrada la Academia de lo mucho que convenía alentar el renacimiento de la Literatura catalana, abrió, no obstante los escasos medios de que á la sazón disponía, un certamen en el que se premió, en sesión solemne de 2 de Julio de 1842, el poema de D. Joaquín Rubió y Ors: *Roudor de Llobregat*, quedando desde este día admitido nuestro idioma en los concursos y publicaciones de la Corporación; con lo cual se hizo implícitamente como un llamamiento á los literatos catalanes para que emplearan el habla regional y la ennobleciesen de día en día con el restablecimiento de los tan celebrados *Juegos Florales*. Persistiendo en tan noble propósito, la Academia abrió nuevos certámenes, en uno de los cuales fué premiado el hermoso poema de D. Dámaso Calvet: *Mallorca Cristiana*.

Presentáronse en las sesiones ordinarias estudios históricos y literarios, de mérito singular; y el plan, ampliamente discutido,

de la formación de una gramática y diccionario de la lengua catalana, así como de la reimpresión y divulgación de nuestros clásicos, se habría llevado ya á feliz término si la escasez de recursos no hubiesen imposibilitado la realización de tan elevadas aspiraciones.

Devuelto el monasterio de San Juan de Jerusalén á la comunidad que lo había poseído hasta 1835, esta Academia se vió, no sólo falta de medios pecuniarios, sino de local, por lo que desde 1860 aceptó la hospitalidad de otras Corporaciones, bien que privándose con ello de dar á sus tareas el impulso que tanto acariciaba. Por fin, obtenidas subvenciones anuales de la Excelentísima Diputación provincial y del Excelentísimo Ayuntamiento de Barcelona, volvió la Academia á la normalidad de sus tareas, continuando desde entonces la interrumpida publicación de sus Memorias con el segundo tomo, que vió la luz pública en 1868, llegando en este momento la publicación al noveno. Actualmenmente se publican, además, el *Boletín* trimestral como órgano de comunicación con las entidades similares de España y del extranjero, y los discursos de recepción de los Académicos numerarios, que forman ya una serie de treinta y cinco discursos.

La presentación de numerosos y notables estudios individuales, destinados á aumentar el caudal de monografías, para que en su día faciliten la sólida reconstitución de nuestra Historia y de nuestra Literatura, ha sido la labor con que los Académicos han procurado suplir, en parte, las naturales deficiencias del anterior proyecto. Asimismo, hase pagado el debido tributo á la memoria de los más insignes escritores catalanes, miembros ilustres, casi todos ellos, de esta Corporación, poniendo de resalto en las necrologías, leídas en sesiones solemnes, los méritos que avaloran las enseñanzas de tan renombrados varones como D. Próspero de Bofarull, Aribau, D. Manuel Milá, Balmes, Torres Amat, don Francisco Permanyer, Roca y Cornet, Rubió y Ors, Reynals y Rabassa, y otros muchos que honraron los sitiales de la Corporación literaria más antigua de Cataluña.